

# El escapulario del Carmen

El 16 de julio 1251 la Virgen se apareció a San Simón Stock, y le dijo: "el que muera con el escapulario no padecerá el fuego eterno". No se trata de un asunto de poca importancia, decía Pío XII: alcanzar la vida eterna en virtud de la promesa hecha por la Santísima Virgen.

12/07/2016

El escapulario del Carmen es una manifestación de la protección de la Madre de Dios a sus devotos. El 16 de

julio 1251 la Virgen se apareció a San Simón Stock, y le dijo: "el que muera con él no padecerá el fuego eterno."

Alude a este hecho el Papa Pío XII cuando dice: «No se trata de un asunto de poca importancia, sino de la consecución de la vida eterna en virtud de la promesa hecha, según la tradición, por la Santísima Virgen».

También reconocida por Pío XII, existe la tradición de que la Virgen, a los que mueran con el Santo Escapulario y expían en el Purgatorio sus culpas, con su intercesión hará que alcancen la patria celestial lo antes posible, o, a más tardar, el sábado siguiente a su muerte.

El escapulario del Carmen es un sacramental

## **San Josemaría y el escapulario**

"Lleva sobre tu pecho el santo escapulario del Carmen. —Pocas

devociones —hay muchas y muy buenas devociones marianas— tienen tanto arraigo entre los fieles, y tantas bendiciones de los Pontífices" *Camino*, 500.

Madre! -Llámala fuerte, fuerte. -Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha. *Camino*, 516

No estás solo. -Lleva con alegría la tribulación. -No sientes en tu mano, pobre niño, la mano de tu Madre: es verdad. -Pero... ¿has visto a las madres de la tierra, con los brazos extendidos, seguir a sus pequeños, cuando se aventuran, temblorosos, a dar sin ayuda de nadie los primeros pasos? -No estás solo: María está junto a ti. *Camino*, 900

Permíteme un consejo, para que lo pongas en práctica a diario. Cuando

el corazón te haga notar sus bajas tendencias, reza despacio a la Virgen Inmaculada: ¡mírame con compasión, no me dejes, Madre mía!  
-Y aconséjalo a otros. *Surco*, 849

Nuestra Madre es modelo de correspondencia a la gracia y, al contemplar su vida, el Señor nos dará luz para que sepamos divinizar nuestra existencia ordinaria. A lo largo del año, cuando celebramos las fiestas marianas, y en bastantes momentos de cada jornada corriente, los cristianos pensamos muchas veces en la Virgen. Si aprovechamos esos instantes, imaginando cómo se conduciría Nuestra Madre en las tareas que nosotros hemos de realizar, poco a poco iremos aprendiendo: y acabaremos pareciéndonos a Ella, como los hijos se parecen a su madre.

Imitar, en primer lugar, su amor. La caridad no se queda en sentimientos:

ha de estar en las palabras, pero sobre todo en las obras. La Virgen no sólo dijo fiat, sino que cumplió en todo momento esa decisión firme e irrevocable. Así nosotros: cuando nos aguijonee el amor de Dios y conozcamos lo que El quiere, debemos comprometernos a ser fieles, leales, y a serlo efectivamente. Porque no todo aquel que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial.

Hemos de imitar su natural y sobrenatural elegancia. Ella es una criatura privilegiada de la historia de la salvación: en María, "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Fue testigo delicado, que pasa oculto; no le gustó recibir alabanzas, porque no ambicionó su propia gloria. María asiste a los misterios de la infancia de su Hijo, misterios, si cabe hablar así, normales: a la hora de los grandes milagros y de las

aclamaciones de las masas,  
desaparece. En Jerusalén, cuando  
Cristo —cabalgando un borriquito—  
es vitoreado como Rey, no está  
María. Pero reaparece junto a la  
Cruz, cuando todos huyen. Este modo  
de comportarse tiene el sabor, no  
buscado, de la grandeza, de la  
profundidad, de la santidad de su  
alma.

Tratemos de aprender, siguiendo su  
ejemplo en la obediencia a Dios, en  
esa delicada combinación de  
esclavitud y de señorío. En María no  
hay nada de aquella actitud de las  
vírgenes necias, que obedecen, pero  
alocadamente. Nuestra Señora oye  
con atención lo que Dios quiere,  
pondera lo que no entiende,  
pregunta lo que no sabe. Luego, se  
entrega toda al cumplimiento de la  
voluntad divina: "he aquí la esclava  
del Señor, hágase en mí según tu  
palabra". ¿Veis la maravilla? Santa  
María, maestra de toda nuestra

conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos la libertad de los hijos de Dios. *Es Cristo que pasa*, 173

---

pdf | Documento generado automáticamente desde <https://opusdei.org/es-co/article/el-escapulario-del-carmen/> (29/03/2026)